

## **INTRODUCCIÓN:**

### **La Iglesia y el mundo de la discapacidad**

Esta reflexión pretende ser un aporte bíblico-pastoral que, desde la Palabra de Dios, presente orientaciones iluminadoras y sensibilizadoras para todos aquellos que estén comprometidos con esta acción solidaria de la Iglesia en el Perú. No es, por lo tanto, un trabajo exegético ni teológico.

La discapacidad, así como la enfermedad, colocan al ser humano ante la patente presencia del dolor, el sufrimiento, el límite y la fragilidad. Desde la mirada de fe, el límite y la fragilidad humana no se comprenden como un absurdo de la existencia. La fe nos ofrece un sentido para aquello que, muchas veces, se vive como un sinsentido y un sufrimiento.

Nuestro recorrido se realizará en tres etapas:

- 1) Comprender al ser humano de manera integral: el hombre es una unidad multidimensional (física, emocional, mental, social, valórica y espiritual). En la integración armónica de sus dimensiones, el ser humano se siente y está saludable. La pérdida o alteración de esta armonía, le provoca crisis y malestar. De cualquier manera, las crisis marcan y moldean siempre la vida del ser humano. Por eso, todo depende de la actitud que se asuma.
- 2) La Palabra de Dios nos ofrece un tesoro de sentido para elaborar (asumir o enfrentar) positivamente el malestar y el sufrimiento. Puesto que en las Escrituras no hay testimonio específico de alguna persona con deformaciones craneofaciales, y que la discapacidad se identifica con la enfermedad (un ciego o un paralítico es considerado un “enfermo”, tanto como el leproso o la hemorroisa), daremos una mirada al mundo de la enfermedad y el sufrimiento en la Biblia, para comprender el significado que en la mentalidad judía de la época de Jesús se sostenía, y apreciar el cambio radical que la persona de Jesús ofrece.
- 3) Motivados por el ser y actuar de Jesús, nace el compromiso cristiano, como respuesta concreta al seguimiento del Maestro, que vino para que “todos tengan vida y vida en abundancia” (Jn 10, 10).

## **1. SALUD Y CRISIS EN UNA VISIÓN INTEGRAL DEL HOMBRE**

El ser humano es una unidad armónica bio-psico-social. La alteración en cualquiera de estas dimensiones lo coloca en un estado de desequilibrio, de malestar, que supera la esfera propia que se encuentra afectada. En este sentido, la discapacidad, si bien, en principio, altera la dimensión física de la persona, conlleva repercusiones en el ámbito emocional, social, espiritual, etc.

En la armonía de sus dimensiones, el ser humano encuentra su bien-estar, se siente y está saludable. Superar cualquier tipo de discapacidad, no debe únicamente limitarse a reparar el daño físico, sino también a llevar adelante un proceso de aceptación, integración y elaboración sana de los límites, impotencias, heridas y zonas oscuras de la existencia humana.

### **1.1. Salud: mucho más que ausencia de discapacidad o enfermedad**

En el mundo actual, deseoso de una adecuada “calidad de vida”, la salud constituye uno de los bienes más estimados y ambicionados, junto con la eficacia y competitividad, el éxito social y la autorrealización, la capacidad de disfrute y consumo.

La defensa, la prevención y promoción de la salud, la atención de la enfermedad y los procesos de rehabilitación e inserción social, constituyen una preocupación permanente para el hombre de hoy. En ella se invierte tiempo, dinero, investigación... Estar bien y buscar el bien-estar es, en la actualidad, todo un proyecto de vida.

La salud hoy (tan valorada y tan maltrecha) ya no es concebida como privación de enfermedad, afección, lesión o disfunción, sino entendida como la **armonía de todas las dimensiones de la persona**: física, emocional, intelectual, social y espiritual; en todas las etapas del arco de la vida; en todas sus relaciones personales y comunitarias; en equilibrio y respeto con el medio ambiente.

Hoy, ser sano significa no sólo no estar enfermo, y sentir el silencio del cuerpo. Salud no es "ausencia de" sino contenido, positividad. No se concibe, por tanto, reducida a la biología, sino que se expande a la biografía (historia) y a la biofilia (motivación y gusto por la vida) de los individuos; y afecta a la sociedad, a las estructuras e instituciones sociales.

Salud es don, gozo, gratuidad, esfuerzo, estabilidad emocional (tanto personal y familiar), equilibrio mental, sentido vital, felicidad personal y comunitaria, religación espiritual con Dios. Salud es esperanza trascendental, dinamismo creativo, responsabilidad, empeño, decisión y solidaridad social, condiciones de vida adecuadas, como son el empleo, la vivienda, el salario justo. Salud es encuentro, empatía, trabajo, valores, capacidad de perdón, alegría, buen humor, sonrisa. Salud es tener un proyecto de vida y vida en el Amor, en el servicio, en el Señor de la Vida.

También es salud aceptar, integrar y elaborar sanamente los límites, impotencias, heridas y zonas oscuras de la existencia humana (**discapacidad**, enfermedades, etc.).

## 1.2. La crisis de la discapacidad y de la enfermedad

Tanto la discapacidad como la enfermedad se presentan como una experiencia decisiva y conmovedora en la vida de cualquier ser humano. Pueden provocar una convulsión en el mundo interior y exterior de quien las padece. Suscita la vivencia de experiencias de la precariedad y vulnerabilidad del hombre (homo) que guarda un gran tesoro en vasija de barro (humus). Hace tomar conciencia de la propia contingencia, limitación y fragilidad.

Muchas veces, ante estas situaciones, surgen inevitables preguntas: ¿Por qué a mí? ¿He hecho algo malo? ¿Qué sentido tiene sufrir? ¿Tengo yo la culpa? ¿Y Dios como puede permitir esto...?

La experiencia de crisis es ambigua: puede hundir y destruir a la persona, o ayudarla a crecer y madurar; encerrarla en sí misma o abrirla para entregarse a los demás; alejarla de Dios o acercarla más a él. En uno u otro sentido, marca y moldea siempre la vida del ser humano. Todo depende de la actitud asumida ante la crisis.

## 2. APROXIMACIONES DESDE LA PALABRA DE DIOS

En una lectura global de los evangelios encontramos personas que padecen algún tipo de discapacidad: ciegos, sordos, parálíticos, etc. Jesús, no quedando indiferente ante

ellos, hace presente el Amor de Dios hacia ellos, se llena de compasión y los sana.

El mundo bíblico, ajeno a definiciones médicas y científicas de nuestro tiempo, desconoce las causas de la enfermedad y la discapacidad y, mucho menos, distingue categorías entre ellas. Les da sobre todo una explicación de tipo moral y religioso. **Un ciego o un paralítico en la Biblia es considerado un “enfermo”, tanto como el leproso o la hemorroísa.**

Por lo tanto, adentrarnos en **el mundo de la enfermedad y el sufrimiento en la Biblia**, comprender el significado que en la mentalidad judía de la época de Jesús se sostenía, y apreciar el cambio radical que la persona de Jesús ofrece, nos permitirá descubrir, en la acción y las palabras de Jesús, aquello que nos ilumine en esta tarea de comprender y asistir a nuestros niños y adolescentes con deformaciones craneofaciales.

### **2.1. La paternidad y la misericordia de Dios: claves para la comprensión del sufrimiento humano**

Dios Padre conoce del dolor no sólo de oídas. En el dolor de Jesús toma arte y parte, viviendo la pasión de un padre al que los hombres le matan a su único hijo. El mismo Jesús en la cruz ruega a su Padre del cielo que perdone a sus verdugos. En la actuación samaritana de Jesús, el Padre derrocha compasión hacia los sufrientes y doloridos.

Uno de los rasgos más inequívocos de Jesús es su misma identidad: Él es sano, saludable, sanador, saneador y salvador, fuente y dueño de la Vida; y su presencia y acción se desarrolla donde la vida aparece anulada, amenazada, malograda, aniquilada, violentada y despreciada.

Dios Padre nos ha hablado definitivamente por su Hijo Jesús, “camino, verdad y vida” (Jn 14, 6), “luz del mundo”(Jn 12, 46), que no ha venido para juzgar al mundo sino para salvarlo (cfr. Jn 13, 47) que pasó haciendo el bien y curando a los afligidos por el mal (cfr. Hch 10, 38).

Aunque Jesús no explicó el misterio del sufrimiento, con sus palabras (Cfr. Jn 9, 1-2; Lc 13, 1-5), con sus obras de sanación (Cfr. Mc 1, 40-41) y con su experiencia personal de dolor, tortura, angustia y muerte, va a explicar que “ Dios es Padre de todos los hombres, que hace salir su sol sobre buenos y malos “(Mt 5, 45), y que el dolor, la enfermedad y el sufrimiento :

- \* nunca los permite,
- \* ni los manda,
- \* ni castiga con ellos,
- \* ni los envía como prueba,
- \* ni los utiliza para corregir, disciplinar o santificar,
- \* como no lo haría ningún papá bueno de este mundo con sus queridos hijos, aun rebeldes.

El Dios de Jesús, sobre todo, es Abbá, Padre. Jesús lo explicitó hablando de su muerte, que no fue un degüello del Padre: “Por eso me ama el Padre, porque doy mi vida, para recobrarla de

nuevo. Nadie me la quita, yo la doy voluntariamente. Tengo poder para darla y poder para recobrarla de nuevo: ésta es la orden que he recibido de mi Padre” (Jn 10, 17-18).

Con el misterio de amor en la entrega de la vida y muerte de Jesús, Hijo de Dios, siervo sufriente, y con su resurrección, se ilumina el misterio del sufrimiento del inocente.

Muchos, que no han descubierto ni vivenciado su fe como una alianza de filiación, ven, en las crisis de la vida, pruebas, castigos o el abandono de Dios.

De hecho, los que no se sienten amados por Dios como hijos, aunque lo adoren postrándose de rodillas, antes o después, en las dificultades, se van a sentir probados, castigados o abandonados.

Como ya hemos mencionado, el Señor Jesús actúa en la tierra como Dios Padre lo hace en el cielo. Gracias a su estilo de vida, palabras, gestos, acciones y curaciones, ofrece una visión trascendente, esperanzadora, liberadora y positiva de la vida y lucha contra las conductas patológicas, incluidas las de origen religioso. Además, anuncia que Dios Padre no quiere ni envía dolor, enfermedad o sufrimiento; ni prueba ni castiga con ellos; tampoco los permite.

Jesús supera así la deformante ideología teológica: “pecado–castigo de Dios-enfermedad”, sanando la imagen distorsionada sobre la paternidad de Dios. Prueba de ello es la acción del Hijo de Dios que cura a todos los enfermos que le traían con fe y explicaba que lo hacía en nombre de Dios Padre.

## **2.2. La enfermedad en la concepción del Antiguo Testamento**

En el vocabulario del Antiguo Testamento hay una relación de identidad entre el sufrimiento y el mal. Se define como mal todo lo que era sufrimiento. El mal se contrapone al bien.

En efecto, es por esta identificación que la enfermedad se convierte en un asunto **religioso teológico**. Los que padecen la enfermedad la viven como un mal relacionado al abandono, olvido, castigo, rechazo del RUAH (espíritu o aliento vital de Dios).

En la concepción del Israel antiguo, la enfermedad es signo y consecuencia vergonzosa del **pecado** propio o familiar (Cfr. Jn 9).

Según A. Vanhoye: “Son muchísimos los textos en los que enfermedad y pecado se encuentran en paralelo, porque el pecado es visto como causa de la enfermedad o, más exactamente, porque el pecado provoca la ira de Dios, que se manifiesta con la aparición de la enfermedad. Por lo tanto, el paralelismo es triple: pecado-ira de Dios-enfermedad”.

La enfermedad introduce a quienes la padecen en el mundo de la **impureza ritual**. Los sitúa fuera de la Toráh, fuera de la ley. Son excluidos del templo, sinagoga y del culto. Son malditos.

La enfermedad es también una cuestión **social**. Los enfermos no son aceptados en la convivencia de la comunidad. Son excluidos de cargos y lugares públicos. Están obligados a la mendicidad para sobrellevar su penuria y hambre. Es así que se los ve tirados por los caminos (Cfr. Mc 10, 46), en las puertas de lugares públicos (Cfr. Jn 5, 3), alejados de las poblaciones (Cfr. Lc 17, 12), junto al templo (Cfr. Hch 3, 2). Son considerados escoria y vergüenza de la sociedad. Quedan sin hogar y sin futuro. Están muertos para la sociedad judía.

### 2.3. El sufrimiento en la concepción del Antiguo Testamento

Para el antiguo israelita todos los bienes y los males venían del cielo. En el Antiguo Testamento, todas las desgracias, los infortunios, las enfermedades, la peste y hasta la misma muerte aparecen proviniendo de Dios. Así lo refiere Óseas (Os. 6, 1), el libro de Isaías (Is. 44, 7), el libro de Reyes (1 Re 17, 1) y el libro de los Salmos.

En efecto, Israel mantuvo siempre la creencia de que Yahvé inflige pruebas, tribulaciones y juicio sobre el hombre y sobre el pueblo y, en este sentido, él trae también el mal: “Yo formo luz y creo tinieblas, yo obro la salvación y creo el mal (ra-`)” (Is 45,7; Cf. 63, 3-6). La tradición israelita no abandonará el atrevido principio formulado por Amós: “¿Sucede algún mal en una ciudad sin que Dios sea su autor?” (Am 3, 6; Cf. Éx 8, 12-28; Is 7, 18).

¿Cómo el creyente israelita pudo concebir esta imagen de su Dios? Cuando se escribió el Antiguo Testamento no se conocían las leyes de la naturaleza, ni las causas de las enfermedades, ni porqué sucedían los fenómenos ambientales. La psicología era muy elemental. Los conceptos de libertad y responsabilidad humanas eran muy deficientes.

Así pues muchos fenómenos, hoy naturales para nosotros, en aquellos tiempos se consideraban sobrenaturales y, por lo tanto, salidos directamente de la mano de Dios. Un israelita no podía imaginar que sucediera algo en este mundo sin que Dios lo quisiera, permitiera o provocara. Era Yahvé el autor y dueño absoluto de todas las cosas.

La teología veterotestamentaria clásica, defendía con ardor que Yahvé Dios bendecía a los buenos y castigaba a los malos mientras vivían en este mundo (la idea de la resurrección será tardía). Esta tesis tradicional estaba bien definida. La maldición es castigo por la infidelidad o malas obras, aún cometidas por ignorancia o debilidad. El infortunio del justo prueba su virtud y la felicidad de los malos dura poco.

Así lo proponían los libros de la Torah (Cfr. Dt 5, 32-33), lo mostraban los libros históricos (libro de Jueces y Reyes), lo enseñaban los libros sapienciales (Cfr. Sab 2, 21-22), lo ejemplarizaban algunos profetas (Cfr. Dn 1, 3-15; 3, 46-50; 6, 2-25) y se rezaba en los salmos (Cfr. Sal 5. 10. 14. 37).

Israel, en su concepción y vivencia del pecado, inicialmente participó de una visión naturalista y mecanicista. La comisión, consciente o inconsciente, de una falta llevaba aparejada unas consecuencias necesariamente fatales; es decir, había castigo porque había delito. El poder negativo del pecado era automático (Cfr. Gn 12, 10 – 20; 1Sam 5 – 6; 2Sam 24). Incluso, se contagiaban sus efectos negativos. En el transcurso de los años, esta concepción se personalizó al profundizar la relación entre el mal y Yahvé Dios, quedando como idea básica del pecado el comportamiento contrario a la norma divina.

La teología del pueblo de Israel acuñó entonces el llamado principio de personalidad corporativa. Es entendible por el estilo tribal o de clan del antiguo pueblo israelita, por la fuerte solidaridad étnica. No contaba tanto el individuo cuanto la comunidad. Y así los premios y castigos no venían sólo de acuerdo a la conducta individual sino al comportamiento de alguno del amplio núcleo familiar o de todo él; fiel reflejo es la intercesión de Abraham por Sodoma y Gomorra (Cfr. Gn 10, 23 – 32).

Así se pensaba de Dios: que mantiene su amor por millares, que perdona la iniquidad, la rebeldía y el pecado, pero no los deja impunes; que castiga la iniquidad de los padres en los hijos hasta la tercera y cuarta generación (Cfr. Éx 34, 7).

En el camino de fe transitado por el pueblo de Israel por muchas generaciones, desde la profundización de su experiencia de Dios, comienzan a elaborarse otras respuestas. Ya en Isaías se ve el dolor y el mal como ajeno al conocimiento de Dios y a su voluntad. Aliviar los sufrimientos es cosa divina: “Y así destruirá para siempre a la muerte. El Señor Yahvé enjugará las lágrimas de todos los rostros; devolverá la honra a su pueblo, y a toda la tierra, pues así lo ha determinado Yahvé ” (Is 25, 8). Esto será confirmado por uno de los últimos libros del Antiguo Testamento: “Dios no se recrea en la destrucción de los vivientes “ (Sab 1, 14).

La aparición de la figura del Siervo sufriente también en Isaías (Cfr. Is 53, 4-5), presentan al sufrimiento como expresión de amor. Es sufrimiento vicario, expiatorio. Adquiere una dimensión redentora y oblativa por el amor que se pone en él. Es el sufrimiento del profeta por la causa del Reino de Dios y fidelidad a la Alianza (Cfr. Historia de los Macabeos).

Pero la mala suerte del justo sufriente, que ha interpelado constantemente a los hombres de todos los pueblos, también ha cuestionado a los hombres de la historia de la salvación: ¿Cómo explicar el sufrimiento en las personas justas a las que no se les reconoce ningún pecado? En el libro de Job, se presenta la historia de este hombre justo que no ha obrado mal, y por tanto no hay nada que justifique la aparición de la enfermedad. Por ello, el redactor introduce a "Satán" como ser vehiculador de la desgracia humana cuando ésta es aparentemente injusta, dejando a salvo la conceptualización de Dios como ser absolutamente justo. No se aclara el misterio del sufrimiento, pero se lo desvincula, definitivamente, de su origen en Dios.

Sin embargo, perdurarán voces insistiendo en que Dios considera el sufrimiento como medicina o purificación. Es la finalidad educativa del sufrimiento: “Dios reprende al que ama” (Prov 3,11). Y, aún más, la teología que une la enfermedad, como un mal, con el pecado, permanecerá aún en tiempos de Jesús; incluso, no es difícil encontrarla presente en muchas personas hasta el día de hoy.

#### **2.4. La presencia de Jesús ante la enfermedad y el sufrimiento**

Uno de los rasgos más significativos de la acción mesiánica de Jesús es su **ENCUENTRO** con los enfermos y sufrientes. Su acción sanadora es consustancial con el anuncio del Reino de Dios (Cfr. Mt 11, 2-6). Es destacable su presencia y atención a los leprosos, ciegos, sordos, tullidos, dementes:

- \* Incorporó al enfermo a la sociedad que lo marginaba y ante ella lo defendió (Cfr. Lc 13, 10-17).
- \* Buscó siempre el encuentro personalizado, (Cfr. Mc 5, 32),
- \* Acogió al sufriente, sanando el cuerpo (Cfr. Mc 1, 41), lo escuchó y comprendió (Cfr. Mc 10, 51). Le infundió aliento y esperanza (Cfr. Mc 4, 11), lo liberó de la soledad de sentirse limitado (Cfr. Jn 5, 7), lo reconstruyó ayudándolo a creer de nuevo en la vida, en la salud, en el perdón, en el amor de Dios, lo incorporó a la sociedad (Cfr. Lc 17, 14).
- \* Estimuló su protagonismo, la misión de anunciar la buena nueva (Cfr. Mc 5, 19).
- \* Acompañó a la persona en crisis (Cfr. Lc 24, 13-35).

Jesús se hace presente allí donde la vida parece amenazada, malograda, aniquilada, violentada, discriminada: ¿Cómo podría anunciar el Reino de su Padre dando las espaldas al mundo del

dolor y sufrimiento? ¿Cómo podría ser Buena Noticia sin adentrarse con su presencia y acción en este campo privilegiado de marginación?

Jesús se hace preferentemente prójimo del que sufre: “Les aseguro que si lo hicieron con el más pequeño de mis hermanos, lo hicieron conmigo “(Mt 25, 40).

Jesús, que vive intensamente y con profunda alegría interior, consecuencia de su experiencia con el Padre, muestra una actitud serena, constructiva y solidaria ante el sufrimiento, ajeno y propio. No ama el sufrimiento ni lo busca, en cambio lo acepta, lo asume positivamente para mostrar su amor y confianza total en el Padre, y su amor y solidaridad incondicional a los hombres.

No explica el sufrimiento; ni desaparece con él, sino que lo transforma y vence por su amor. La experiencia del sufrimiento no lo endurece ni lo encierra en sí mismo sino que lo hace sensible al dolor ajeno, capaz de auxiliar a los que se ven probados (Heb 2, 18) y de identificarse con todos los que sufren, en especial con los más pequeños (Cfr. Mt 25, 35-40).

Su actuar y presencia entre los enfermos y los que tenían roto el corazón es signo y modelo de su acción humanizadora y salvadora para los creyentes de todos los tiempos. Un llamado permanente a la solidaridad.

Cuando Juan el Bautista quiso saber si Jesús era el enviado de Dios, recibió esta respuesta: “Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios y los sordos oyen, los muertos resucitan y se anuncia a los pobres la Buena Noticia “ (Mt 11, 4).

La actitud sanadora es lo que mejor caracteriza al Mesías. La salud que Jesús promueve no es una simple acción médica sino el signo de la gran salvación de Dios Padre: “Yo soy Yahvé, el que te sana “(Éx 15, 26). Es a partir de su acción liberadora y sanadora, y en el corazón de esa acción, donde se anuncia que el Reino de Dios está cerca (Cfr. Lc 10, 8-9). En el servicio liberador al hombre enfermo, humillado, ideologizado, doliente, excluido e infeliz, es donde Jesús anuncia a la sociedad entera la salvación de ese Dios que es amigo del hombre y de la vida.

La salud de Jesús se hace sanación. La sanación se hace experiencia salvífica. La Buena Noticia de Jesús responde a preguntas como éstas: ¿Por qué la enfermedad? ¿Por qué el sufrimiento? ¿Por qué la muerte?, para fecundarlas y abrir el corazón a una actitud positiva y de esperanza.

La Buena Noticia de Jesús trae sanación, liberación, conversión, redención, reconquista la esperanza, re-crea el sentido vital, en definitiva: Salvación y lleva al crecimiento espiritual: “He venido para que tengan vida y vida en abundancia “(Jn 10, 10). Liberada de la limitación física, muchos enfermos glorifican a Dios con alabanzas y agradecimiento (Cfr. Lc 5, 25). También la gente, testigo de la sanación, se siente invitada a la alabanza y acción de gracias (Cfr. Mc 2, 11).

Los mismos enfermos sanados se convierten en evangelizadores, como sucedió al endemoniado de Gerasa, misionero en la Decápolis pagana (Cfr. Mc 5, 20).

Lo que aporta Jesús con sus hechos-signos terapéuticos es una salud portadora de un mensaje de plenitud de vida que hace encontrar un sentido existencial y significativo a la vida. Una salud que ha de hacer de todo sufrimiento un crecimiento.

## **2.5. La práctica solidaria de Jesús ante la enfermedad**

El ministerio y actitud de Jesús con los enfermos se destaca por las curaciones. En los Evangelios, de los 32 milagros, 25 son de curación física. Casi una quinta parte de los Evangelios trata de esas curaciones físicas y recoge reflexiones hechas con ocasión de su realización. De los 3779 versículos, de los cuatro Evangelios, 727 se refieren específicamente a la curación de enfermedades físicas y mentales y a la resurrección de muertos. Encontramos además otras 31 referencias generales a milagros que incluyen curaciones. Así, de los 678 versículos del evangelio de Marcos, 209 (casi un tercio), se refieren a la actuación de Jesús entre los enfermos, discapacitados y sufrientes.

Sin embargo, la acción sanadora de Jesús no es la obra de un curandero, taumaturgo, terapeuta o médico. No es el opositor de la ciencia médica sino suscitador de nuevas experiencias saludables y salvíficas.

¿Por qué Jesús actúa así?

No actúa:

- \* Por **interés económico**: no reclama regalos, diezmos ni propiedades (Cfr. Mt 10, 8).
- \* Por **deber profesional**: no es profesional de la medicina ni está vinculado a estructuras sanitarias (Cfr. Lc 4, 18-9).
- \* Por un **deber religioso**: no está obligado como los sacerdotes ni está asociado a santuarios de curación (Cfr. Lc 17, 14).
- \* Por **acción benéfica**: al contrario, va a la raíz del mal (Cfr. Lc 13, 10-17).
- \* Por **afán proselitista**: no tiene espíritu sectario de ganar adeptos para su culto. Pedía, por el contrario, abrir el corazón al don misericordioso del Padre (Cfr. Mt 5, 20).
- \* Por **aumento de prestigio personal**: al contrario: "No se lo digas a nadie" (Mc 1, 44).
- \* Por **satisfacción de su "yo altruista"**. Su motivación es transparente. No busca ni el aplauso ni el aprobado de su "bondad" (Cfr. Mc 5, 17).
- \* Para **demostrar su verdad**. No utiliza al enfermo en favor de disquisiciones antropológicas o teológicas. Su trato con él es ocasión para dar a conocer la mente y el corazón de Dios, su concepción sobre el sufrimiento y pureza... (Cfr. Lc 13, 10-17).

Jesús sí actúa, en cambio:

- \* Por **amor entrañable** a todo hombre, especialmente al desvalido, en quien toma cuerpo el Reino de Dios.
- \* Para ser signo viviente de la **bondad misericordiosa y humanizante del Padre**, que muestra la solicitud divina por quien no sabe, no tiene o no puede.
- \* Para **enseñarnos** a ser **buenos samaritanos** y "misericordiosos como el Padre celestial" (Lc 6, 36).
- \* Para **educarnos a redimir el sufrimiento**, como fuente de comunión, renovación, crecimiento humano y espiritual.

## 2.6. La sanación integral que Jesús ofrece

Jesús, en efecto, sana de la dimensión física herida, porque la corporeidad es la "epifanía" de la persona, que dañada puede deteriorar todo el ser.

Libera también al enfermo de las heridas no cicatrizadas de la **dimensión emocional**: humillación, inseguridad, temor, soledad, inutilidad, incapacidad de amar y ser amado, falta de autoestima, no tener sentido de pertenencia, desconfianza, falta de autorrealización, resignación, corazón irreconciliado, sentirse "abandonado por la mano de Dios", considerarse deshecho de la sociedad, falta de iniciativa...

Sana al enfermo en su **dimensión intelectual**: desenmascara las ideologías deshumanizadoras, previene de concepciones idolátricas, pide transparencia en las actitudes y pensamientos, nos guarda de los "deseos insanos" del corazón, nos defiende del "ojo perverso"...

Jesús cuestiona la profunda **discriminación social** que atraviesa la sociedad judía de su tiempo: puros e impuros; judíos y paganos; varones y mujeres; piadosos y sin "ley"; profesiones nobles y humillantes; sanos y enfermos; compatriotas y extranjeros; ricos y pobres...

En cada acción sanadora, Jesús cuestiona los mecanismos destructivos de la sociedad. Él siempre reinserta al alienado y rechazado: "Dijo al paralítico: «Yo te lo mando, levántate, toma tu camilla y vete a tu casa» (Mc 2, 11).

Jesús corrige y enfrenta una **concepción religiosa** discriminatoria. La enfermedad, la pobreza y la ignorancia excluían de la **comunidad cultural**. El templo es tan discriminatorio como la sociedad. Quedan muchos "al margen", "fuera" de él: Ni ciego ni rengo... entren en el templo (2Sam 5, 8).

Las leyes de "pureza" impedían tajantemente el contacto con los enfermos. Los evangelistas reiteran que Jesús los tocaba haciéndose "ritualmente impuro": Entonces se le acercó un leproso para pedirle ayuda y, cayendo de rodillas, le dijo: «Si quieres, puedes purificarme». Jesús conmovido, extendió la mano y lo tocó, diciendo: «Lo quiero, queda purificado» (Mc 1, 40-41). Su idea con respecto a la pureza es bien definida: "Ninguna cosa externa que entre en el hombre puede mancharlo; lo que lo hace impuro es aquello que sale del hombre" (Mc 7, 15).

La enfermedad -insistía la teología de la época- está ligada al pecado y castigo divino: Por eso, sus discípulos le preguntaron: «Maestro, ¿quién ha pecado, él o sus padres, para que haya nacido ciego?» (Jn 9, 2). Jesús es explícito: «Ni él ni sus padres han pecado, respondió Jesús; nació así para que se manifiesten en él las obras de Dios» (Jn 9, 3). No hay, pues, conexión mecánica entre el **pecado-impureza-castigo** de Dios (Cfr. Lc 13, 1-5).

## 3. EL COMPROMISO CRISTIANO

Jesús no se contenta con su propia actuación sanadora y rehabilitadora. Lo mismo quiere de sus discípulos. Une el mandato de sanación al de predicación: "En las ciudades donde entren y sean recibidos, coman lo que les sirvan; curen a sus enfermos y digan a la gente: El reino de Dios está cerca de ustedes" (Lc 10, 8-9).

La cercanía del Reino de Dios se concretiza, también, en la acción de los discípulos de Jesús que manifiestan la misericordia del Padre con los más pequeños.

### 3.1. Con la sensibilidad del Buen Samaritano

Juan Pablo II, en la Carta Apostólica Salvifici Doloris, meditando la “Parábola del Buen Samaritano”, nos ofrece las pautas de la acción solidaria de los cristianos ante el sufrimiento ajeno:

“La parábola del buen Samaritano pertenece al Evangelio del sufrimiento. Indica, en efecto, cuál debe ser la relación de cada uno de nosotros con el prójimo que sufre. No nos está permitido «pasar de largo», con indiferencia, sino que debemos «pararnos» junto a él. Buen Samaritano es todo hombre, que se para junto al sufrimiento de otro hombre de cualquier género que ése sea. Esta parada no significa curiosidad, sino más bien disponibilidad. Es como el abrirse de una determinada disposición interior del corazón, que tiene también su expresión emotiva.

Buen Samaritano es todo hombre sensible al sufrimiento ajeno, el hombre que «se conmueve» ante la desgracia del prójimo. Si Cristo, conocedor del interior del hombre, subraya esta conmoción, quiere decir que es importante para toda nuestra actitud frente al sufrimiento ajeno. Por lo tanto, es necesario cultivar en sí mismo esta sensibilidad del corazón, que testimonia la compasión hacia el que sufre. A veces esta compasión es la única o principal manifestación de nuestro amor y de nuestra solidaridad hacia el hombre que sufre.

Sin embargo, el buen Samaritano de la parábola de Cristo no se queda en la mera conmoción y compasión. Estas se convierten para él en estímulo a la acción que tiende a ayudar al hombre herido. Por consiguiente, es en definitiva buen Samaritano el que ofrece ayuda en el sufrimiento, de cualquier clase que sea. Ayuda, dentro de lo posible, eficaz. En ella pone todo su corazón y no ahorra ni siquiera medios materiales. Se puede afirmar que se da a sí mismo, su propio «yo», abriendo este «yo» al otro. Tocamos aquí uno de los puntos clave de toda la antropología cristiana. El hombre no puede «encontrar su propia plenitud si no es en la entrega sincera de sí mismo a los demás». Buen Samaritano es el hombre capaz precisamente de ese don de sí mismo. “(SD 28).

### 3.2. Profesionales de la salud: ministros de la Vida

La actividad de los profesionales de la salud cristianos tiene el alto valor del servicio a la vida. Es la expresión de un empeño profundamente humano y cristiano, asumido y desarrollado como actividad no sólo técnica sino de un entregarse total e incondicionalmente y de amor al prójimo. Tal actividad es “una forma de testimonio cristiano”. “Su profesión les exige ser custodios y servidores de la vida humana” (Evangelium Vitae, 89). En ella, la actividad médica y de enfermería expresan su alto valor humano y cristiano

La actividad médico-sanitaria se funda sobre una relación interpersonal, de naturaleza particular. Ella es “un encuentro entre una confianza y una conciencia”. La confianza de un hombre marcado por el sufrimiento y la enfermedad, y por tanto necesitado, el cual se confía a la conciencia de otro hombre que puede hacerse cargo de su necesidad y que lo va a encontrar para asistirlo, cuidarlo, sanarlo. Este es el agente de la salud.

Para el profesional de la salud, el paciente no es solamente un caso clínico –un individuo anónimo sobre el cual aplica el fruto de los propios conocimientos- sino siempre un hombre enfermo, hacia el cual adoptar una actitud sincera de simpatía en el sentido etimológico del

término. Lo cual exige amor: disponibilidad, atención, comprensión, compartir, benevolencia, paciencia, diálogo. No basta la pericia científica y profesional, se precisa también la participación personal en las situaciones concretas del paciente individual, en especial, con los niños con deformaciones físicas.

Para el profesional de la salud, salvaguardar, recuperar y mejorar el estado de salud de una persona doliente, significa servir a la vida en su totalidad.

Esto significa que la actividad médico-sanitaria es un instrumento ministerial del amor efusivo de Dios por el hombre sufriente; y a la vez obra de amor por Dios, que se manifiesta en el cuidado amoroso al hombre. Para el cristiano es continuación actualizante de la caridad terapéutica de Cristo, el cual “pasó haciendo el bien y sanando a todos” (Hch 10,38). Y al mismo tiempo caridad directa a Cristo: es él el enfermo –estaba enfermo- **que toma el rostro del hermano sufriente**; puesto que él retiene, dirigido hacia sí mismo –“lo han hecho conmigo”- los cuidados plenos de amor por el hermano (Cf. Mt 25, 31-40).

## **CONCLUSIÓN**

### **“Haré que les brote la risa de sus labios”**

El texto bíblico elegido como lema para la Campaña Compartir de este año corresponde a Isaías 57,18. El profeta, expresando las palabras de Yahvé al pueblo de Israel apenas llegado del destierro, le anuncia la presencia salvadora y sanadora de Dios en medio de la reorganización en su tierra: “Sin embargo, no lo he olvidado. Yo le devolveré la salud, lo alentaré y lo ayudaré a recuperarse. Y a los que lloraban, haré que les brote la risa de sus labios.” (Is.57, 18)

En medio de las dificultades y las crisis propias de una situación diferente, Dios no abandona a sus hijos, sino que se hace presente y solidario con su pueblo, ofreciéndose como el camino verdadero de una transformación que conduce a la plenitud.

También nosotros, hoy, como Iglesia del Perú, estamos llamados a responder con la misma solicitud y solidaridad ante las dificultades y crisis de la situación de discapacidad, especialmente en los niños y adolescentes con deformaciones craneofaciales.

Atender con solicitud, amor y eficiencia las necesidades, en todas las dimensiones, de nuestros niños y adolescentes con estos problemas de salud, constituye una tarea impostergable. Rescatémoslos de la marginación, sumemos esfuerzos para reparar el daño, hagamos lo posible, para que en ellos brote una sonrisa.